

Testimonio de Ernesto Arias

Ernesto Arias
Actor



©Sergio Parra

Escribir un testimonio acerca de mi trayectoria teatral, esa es la propuesta que he recibido de la revista *Anagnórisis* que me ha producido cierta sorpresa, que en seguida se transformó en la pregunta: «¿A quién le podrá interesar un testimonio sobre mi trayectoria escrito por mí mismo?». La sensación que se me despertó fue la misma que me surgió cuando me propusieron por primera vez impartir un taller de formación para actores. Yo soy actor y nunca me había planteado ejercer como profesor. Respeto y admiro mucho a todas aquellas personas que tienen inquietudes pedagógicas y deciden emprender y asumir la responsabilidad del difícil y delicado camino de la enseñanza. Si acepté impartir ese primer taller es porque consideré que quizá a alguien le podría resultar útil conocer mis procedimientos cuando trabajo como actor. Por lo tanto, cuando imparto un taller no trato de enseñar ni aleccionar, simplemente comparto mis puntos

de vista, mis mecanismos, cómo yo estudio y me familiarizo con el texto, cómo me preparo un personaje, cuáles son los ejercicios que practico o cómo es el entrenamiento que me he ido creando, etc. Pero lo hago sin tratar de convencer a nadie de que todo eso es lo más adecuado o el mejor camino, y entendiendo que lo que a mí me puede resultar útil, otro lo puede considerar inadecuado. En resumen, imparto talleres desde mi condición de actor sin pretender ser profesor, maestro o pedagogo.



©Sergio Parra

Podría, también, escribir este testimonio desde mi condición de actor, y enumerar una serie de experiencias que han determinado mi bagaje, y confiar que quizá le pueda resultar útil a alguien que lo lea. Y reconozco que desde ahí me propuse hacerlo, pero enseguida comencé a sentirme incómodo. El caso es que, como es lógico, empecé recordando ciertos episodios infantiles y juveniles que considero fundamentales en mi decisión de dedicarme al Teatro; pero algunos de esos episodios no son exclusivamente teatrales. Son, podría decir, experiencias personales e íntimas que reconozco me da pudor testimoniarlas. Hablar y compartir sobre



lo teatral no me supone ninguna contrariedad, pero hablar de experiencias exclusivamente personales –aunque hayan tenido consecuencias en lo teatral– reconozco que me produce cierta incomodidad. Cuando imparto talleres, por ejemplo, no hablo de mí, hablo de mi manera de trabajar.

Entonces ¿cómo cumplir la propuesta de hacer un testimonio sobre mi experiencia teatral eludiendo hablar de mí? Reconozco que en ese momento me planteé la posibilidad de rechazar la propuesta de *Anagnórisis*, porque consideré que no podía escribir nada desde –únicamente– mi condición de actor. Además reconozco que también se despertó en mí un absurdo debate –que nunca me supuso el mínimo problema– sobre mi condición e identidad: ¿cómo separar lo referido a mi experiencia teatral de todo lo referido a mí? ¿Mi «yo-actor» no se puede separar de mi «yo-persona»? ¿Qué soy? ¿Soy «persona» porque soy «actor»? etc. Me sentí ridículo y absurdo haciéndome ese tipo de preguntas, y al momento dejé de insistir en ellas para tratar de resolver la cuestión inminente: si no puedo escribir este testimonio desde mi condición de actor ¿desde dónde lo puedo escribir?

En esto del Teatro he ejercido –aunque fuera por mínimo tiempo– muchos de los roles posibles, he sido actor, director, maquinista, iluminador, ayudante de dirección, monitor, asesor de palabra, etc., pero lo que más me gusta ejercer, casi tanto o más que el rol de actor, es el rol de espectador. Para mí solo hay una sensación comparable a la que tengo al estar entre cajas los minutos antes de que arranque la función, y es la de estar sentado en el patio de butacas minutos antes de que empiece la función. Disfruto tanto lo uno como lo otro. Yo no «soy los libros que he leído» como creo recordar que ha dicho algún escritor, pero teatralmente sí «soy las funciones que he visto».

La primera vez que fui al teatro fue en la Casa de la Cultura de Lugones, el pueblo asturiano donde me crié. Yo debía tener siete u ocho años y el espectáculo que se representaba llevaba como título *En la calle*. No me acuerdo muy bien cómo llegué allí, quizá me llevó mi madre, o fui



arrastrado por los amigos; el caso es que lo que recuerdo es el patio de butacas lleno de personas, niños y adultos, todos vecinos de Lugones. De repente la luz fue apagándose lentamente y eso no provocó el silencio en la sala sino al contrario, toda la chiquillería empezó a gritar encendidos por la expectativa. Fue el sonar de una música y el correr de las cortinas descubriendo el escenario lo que provocó el silencio. Había un decorado colorido y alguien situado a un lado del escenario, vestido y maquillado también con diversidad de colores, entonaba junto con su guitarra una canción suave. De repente la música se aceleró festivamente provocando que el escenario se llenara de jóvenes también vestidos y maquillados con colores vivos, que se pusieron a cantar y bailar en una coreografía conjunta. Yo conocía a todos esos jóvenes que invadían el escenario, pero me costaba reconocerlos. Eran vecinos, chicos y chicas de Lugones algo mayores que yo; y les conocía del colegio, de verlos por la calle, en la sala de juegos, en misa, en el autobús que iba a Oviedo etc., pero estaban como transformados. Me resultaban extraños vestidos de esa manera, saltando, brincando y cantando a grandes voces canciones, que más adelante supe que era del musical *Godspell*. Esos chavales disfrutaban como poseídos canción tras canción y se me desvelaban muy distintos a como yo les conocía. Unos me caían mejor que otros, a unos los consideraba serios, a otros simpáticos, a otros tímidos, a algunos fanfarrones... pero todos, en ese momento, desbordaban una energía extraña llena de diversión, éxtasis y alegría. La segunda parte del espectáculo era una obra del teatro costumbrista asturiano titulada *Un xuiciu faltes*, donde esos mismos jóvenes iban ahora vestidos de forma totalmente distinta y ya no cantaban y bailaban, sino que vivían una situación de un juicio donde se pleiteaba por un asunto de tierras. No recuerdo el argumento, pero sí que me acuerdo que era una comedia y todos los asistentes disfrutamos riendo a carcajadas.

A partir de ese día, creo que puedo asegurar que no me perdí ninguna función de Teatro que se representara en Lugones tanto en la Casa de la Cultura como en la carpa de Teatro Popular Español que en varias



ocasiones visitó el pueblo montando su teatro ambulante y presentando comedias de las que recuerdo títulos como *Anacleto se divorcia*, *Dos paletos en Madrid* o *Enchúfame la goma butanero*. Tampoco dejaba pasar las representaciones en la calle que se hacían dentro de las programaciones de fiestas, de las que más recuerdo es *Crónica y ficción del mucho mogollón* del Teatro Margen, compañía histórica en Asturias.

Asistir a todas esas funciones provocó que, cuando alguien me preguntaba que quería ser de mayor, yo respondía, sin saber muy bien qué estaba diciendo, que quería ser actor. Y pronto pude meterme en ese grupo de Teatro de la Casa de la Cultura donde con nueve años hice mi primera obra. Al principio estaba en lo que pudiera llamarse la sección infantil del grupo y lo cierto es que disfrutaba más viendo a los mayores representar sus obras como *Un médico a palos*, de Moliere, o viéndoles ensayar *Ninette y un señor de Murcia*, de Miguel Mihura –que nunca llegaron a representar–, que yo actuando en *El Príncipe que todo lo aprendió de los libros*, de Benavente.

Ese grupo de la Casa de la Cultura siguió durante años y de él surgió el Tragos Teatro que dirigía Chus Pérez, persona determinante en mi vida, con él empecé a hacer teatro con 10 años y no dejé de hacerlo hasta que vine a Madrid con 23 años, después de cursar estudios de interpretación en Gijón. Pero durante todo ese periodo vi mucho teatro, sobre todo de obras de compañías asturianas como la citada Teatro Margen y su *Las Galas del difunto*, de Valle-Inclán; Oris Teatro y su *Todos eran grandes voces* de Roberto Corte; Cestón de Máscaras con su *Ondas*, de Maxi Rodríguez, etc.

Un nuevo impacto como espectador fue *Malas noticias acerca de mí mismo* de Etelvino Vázquez y su compañía Teatro del Norte. Rondaba los 17 o 18 años y no recuerdo dónde la vi, pero sé que todo fue nuevo desde la llegada al espacio donde se representaba, que debía ser un polideportivo o nave. Todo estaba oscuro, y un acomodador con una linterna nos distribuía a oscuras en las sillas, sentándonos en sitios separados a las personas que iban juntas a ver la función. También me resultaba nuevo que el escenario estaba



en el centro del espacio y los espectadores estábamos situados a su alrededor, en filas que había en cada una de sus lados. Antes de comenzar, un actor ya estaba en escena, creo recordar que de pie, como clavado en el suelo en perfecta vertical, sin apenas moverse con un abrigo y sombrero negro, gafas oscuras y fumando, con lo que el espacio iluminado por luces tenues se llenaba de humo, creando una atmósfera peculiar. Luego descubrí que la función sería un monólogo, donde el público asistía a lo que en mi recuerdo se quedó como el deterioro de un hombre que es abandonado por «su amor». La primera escena era una despedida en una estación donde se separaban y la relación se mantenía a través de la correspondencia que mantenían. El personaje escribía y recibía cartas ilusionado; pero a la vez que llegaban menos cartas, la locura y deterioro era mayor. Yo nunca había visto sufrir a un hombre de esa manera. Entendí que quizá el hecho de separar a las personas que iban juntas a ver la función, tenía que ver con obligarnos a ver la obra en soledad; entendí que el hecho que fuera un escenario central con el público alrededor tenía que ver con la falta de escapatoria del personaje; pero sobre todo descubrí que el teatro no era solo un lugar donde divertirse y entretenerse, sino toda una experiencia que presentando realidades ajenas a mí podía mostrarme caminos, abrirme ventanas o compuertas hacia mí mismo, iluminar zonas de mí y provocar que me planteara y enfrentara a mi propia realidad, mi naturaleza, mis ideas y valores; mis miedos, mis ilusiones, mis ambiciones, mi entorno, mi sociedad, mi tiempo... Otras obras del Teatro del Norte –como *Viaje al profundo norte* o *Carlota Corday*– también me impresionaron, pero ninguna me impactó tanto como aquella de *Malas noticias*....

Durante ese periodo de formación en Asturias, seguía viendo teatro a la mínima oportunidad, sobre todo a las compañías independientes de Teatro asturiano, pero también las obras que venían de otros sitios. Recuerdo a bote pronto, *Bye, Bye Bethoven* de Els Joglars; *Cómeme el coco negro*, de La Cubana; *Ay Carmela*, de Teatro de la Plaza, que dirigió José Luis Gómez; *Vinagre de Jerez*, de La Zaranda; *Tiermon*, de la Fura dels Baus; *El gran*



Teatro del mundo, de Teatro Corsario; *Don Cristóbal Polichinela*, de la Compañía de Títeres Libélula; *La rebelión de los objetos*, de Atalaya Teatro; *Maquillaje*, que hizo Nuria Espert; *Calígula*, de Camus, que protagonizaba Imanol Arias y un largo etc.

De ese periodo quisiera destacar tres experiencias, la primera fue un viaje a Madrid donde, por primera vez, entré en el Teatro María Guerrero y vi *La Comedia sin Título* de Lorca, que dirigía Lluís Pasqual. Debía tener ya los 19 o 20 años, y reconozco que no había salido mucho de Asturias. Fue una experiencia intensa que duró varios días; el planear el viaje, el elegir la función que vería en Madrid, el descubrir la enorme oferta teatral de Madrid en comparación a Asturias y, sobre todo, disfrutar de la propuesta de Pasqual. Creo que puedo asegurar que fue durante ese viaje cuando decidí que tarde o temprano quería vivir en Madrid.

La segunda experiencia fue un par de años más tarde. En varias ocasiones el Centro Dramático Nacional fue a Oviedo donde, en el Teatro Campoamor, vi algunas obras dirigidas por José Carlos Plaza, *Hamlet*, de Shakespeare; *Historia del Zoo*, de Edwar Albee, y la que más recuerdo fue *Las comedias Barbarás*, de Valle-Inclán. Se podía ver la función en tres días diferentes y en cada día disfrutar de una de las piezas (*Águila de Blasón*, *Romance de Lobos* y *Cara de Plata*). Pero otra posibilidad era ver las tres obras en el mismo día en un espectáculo que duraba unas seis horas. Esa posibilidad fue la que yo escogí, y resultó ser una experiencia maravillosa. Todo un maratón teatral donde disfruté cada minuto sentado en mi butaca.

Y la tercera experiencia, fue mi primera obra de Peter Brook, *Woza Albert*, que se presentó en el Teatro Campoamor. Yo ya había oído hablar de Peter Brook y ya me había leído *El Espacio Vacío* y creía entender eso de que para hacer teatro solo hace falta un espacio un actor y un espectador. Pero ese día constaté que con muy pocos elementos se puede llegar a provocar muchísimas cosas.



Con el tiempo, y una vez ya instalado en Madrid, mi labor como espectador creció exponencialmente, y me cuesta destacar unas obras sobre otras. Pero tampoco quiero dejar de nombrar algunas que considero me aportaron algo más que un momento de entretenimiento y disfrute. No las enumero cronológicamente ni en orden de preferencia o gusto, y seguro que me dejaré algunas que mañana me arrepentiré no haber nombrado; pero no por ello quiero dejar de hacer el ejercicio de comprobar cuales me vienen a la mente en este instante.

La Verdad Sospechosa, que dirigió Pilar Miró; *La calle de los cocodrilos* y *El Maestro y Margarita*, ambas del Teatro de la Complicité; *Azaña*, de José Luis Gómez; *Entremeses*, dirigida por Rosario Ruiz Rodgers y José Luis Gómez; *The Changeling* y *Cymbeline*, dirigida por Declan Donnellan; *2666* y *Rock'n Roll*, ambas dirigidas por Alex Rigola; *Sueño de una noche de verano*, dirigida por Helena Pimenta; *La omisión de la familia Coleman*, dirigida por Claudio Tolcachi; *Seuls* y *Inflammation du verbe vivre*, ambas de Wajdi Mouawad; *El misterio del cristo de los gascones*, de Nao d'amores; *El hilo de Ariadna*, del Teatro de los Sentidos; *Fragments*, dirigida por Peter Brook; *La función por hacer* y *Misántropo*, ambas dirigidas por Miguel del Arco; *Itsi Bitsi* y *En el esqueleto de la Ballena*, ambas de Odin Teatret; *La Estrella de Sevilla*, dirigida por Eduardo Vasco; *La Barraca-Cantina musical*, de Theatre Dromesko-Hermanos Forman; *Casa de muñecas*, por Mabou Mines; *Sí pero no lo soy*, *Días estupendos* y *La Respiración*, dirigidas por Alfredo Sanzol; *¡Villanos!*, dirigida por Steven Berkoff; *Bertold Brecht cumple 100 años*, dirigida por Ernesto Caballero; *Nacidos Culpables* y la *Controversia de Valladolid*, dirigidas por Carles Alfaro; *Don Juan Tenorio en el campo de la cebada*, dirigida por Cesar Barló; *La Celestina*, dirigida por Robert Lepage con el Dramaten de Suecia; *Mujeres soñaron caballos* y *Un Hombre que se ahoga*, dirigidas por Daniel Veronesse; *Ubu, Rey*, de Legalón Teatro; *El tiempo y los Conway*, dirigida por Mario Gas; *Cocorico*, dirigida por Michèle Guigon; *Muda* y *Los ojos*, dirigidas por Pablo Messiez; *Pelléas et Mélisande*, dirigida por



Peter Brook; *Agosto*, dirigida por Gerardo Vera; *La máquina Hamlet*, dirigida por Vicente León; *All's Well That Ends Well*, por el Globe Theatre; *Cuentos Pequeños*, por Hugo & Inés, y un larguísimo etc.

A veces he dicho que me considero mejor espectador que actor. El caso es que nunca afirmaré «creo que soy buen actor», pero no me cuesta decir que «creo que soy muy buen espectador». Eso no quiere decir que sea un espectador fácil, hay muchas propuestas que no me gustan, pero aun así nunca consideraré tiempo perdido haberlas visto. No tengo un género preferido, considero que ejerciendo mi labor como espectador el Teatro me puede ofrecer de todo, y no quiero renunciar a nada de ello por elegir un género u otro. Como espectador me he divertido, me he entretenido, me he emocionado, reído, llorado, sentido angustia, miedo, congoja, alivio, he comprendido al que es diferente a mí, me he replanteado mi naturaleza, he cantado y he bailado, he pensado y reflexionado... mucho, sobre mí, sobre mi lado oscuro del corazón, sobre las personas que me rodean, sobre la condición humana, sobre esta época, sobre el futuro, sobre mis hijos, sobre los deseos, sobre lo adecuado e inadecuado, sobre el arte, la cultura, la enfermedad, la tragedia inesperada, el dinero, el poder, la miseria, sobre qué merece ser calificado de maravilloso y qué como despreciable, sobre las ideas de todo tipo; también he percibido riesgos, me he enfadado y han despertado mi ira, me he encendido de alegría y también de dolor, he sentido la mayor de las ternuras y el mayor de los desprecios, me han dejado perplejo, he admirado la belleza y he sentido repugnancia, he disfrutado de la mera contemplación y estado en el mayor de los sosiegos... No creo que haya emoción o sensación que el ver teatro no me pueda despertar, o idea y pensamiento que no me pueda generar.

Dudo que este testimonio pueda resultarle útil a alguien. Supongo que la mayor utilidad ha sido para mí, que he disfrutado viajando por la senda de los recuerdos y no creo que estos resulten demasiado útiles, por ejemplo, para el joven actor o actriz que empieza a dar sus primeros pasos



en el mundo Teatral. Por eso me permito despedirme con un consejo para ambos. Vean teatro lo más posible, creo que les será útil para su profesión.

